

Sobre eros, homofobia y Baco

Óscar Guasch Andreu
Departamento de Sociología, Universidad de Barcelona

Resumen

A partir de una biografía personal, este artículo analiza el desarrollo de la realidad gay en España en los últimos treinta años. El texto argumenta que el movimiento gay ha fracasado en su lucha contra la homofobia. La crítica gay a la masculinidad hegemónica apenas ha tenido consecuencias en el conjunto de la sociedad, la homofobia afecta al conjunto de los hombres, y no solo a los gays. España es uno de los pocos países en los que ya existe igualdad legal para gays. Para ese contexto, el artículo plantea la necesidad de eliminar la categoría "gay" como sujeto de acción política, y priorizar la lucha contra la homofobia social como objetivo prioritario de las estrategias políticas "pot-gays".

Palabras clave

Hombre, gay, identidad, política de género.

Summary

Based on a personal history, this article analyzes the development of the gay reality in Spain over the past thirty years. The text argues that the gay movement has failed in its fight against homophobia. Gay critique towards hegemonic masculinity has hardly had any consequences in the overall society. Homophobia affects all men, not only gays. Spain is one of the few countries where legal equality already exists for gays. Within this context, this article puts forward the need to abandon the gay category as a subject of political action, and prioritize the fight against social homophobia as a subject for post-gay political strategies.

Key words

Man, gay, identity, gender politics.

Introducción

Introducir el yo en la literatura sociológica es una práctica cada vez más frecuente que, hasta ahora, he procurado evitar. Por otro lado, el modo en que presento mis investigaciones (casi siempre mediante el género ensayo) ya per-

mite la presencia del yo, si bien de manera transversal e implícita. El siguiente texto puede leerse como una suerte de relato biográfico, tanto personal como intelectual. Y es que, sobre todo en ciencias sociales (pero no sólo en ellas) lo uno y lo otro están profundamente relacionados, aunque a veces se niegue. No es ese mi caso. Lo personal es político, pero investigar también lo es. Este texto presenta una visión personal, parcial, emocional y subjetiva de los cambios por los que ha transitado la homosexualidad en España durante los últimos 30 años. Es un texto político que reconoce serlo, y que permite entender las condiciones de posibilidad que han marcado tanto a su autor como a la obra que éste ha producido.

Conozco el mundo desde mis condiciones sociales y personales. Ambas se organizan en torno al estigma que provoca la homofobia. Mi biografía personal e investigadora está marcada por la homofobia social y también por la homofobia interiorizada: por el modo en que me enseñaron y aprendí a odiarme por ser como soy. Por eso llevo años denunciando la primera y sanando las heridas emocionales que produce la segunda. Estas páginas muestran el modo en que el género y la sexualidad han articulado mi vida como hombre, como homosexual y como investigador. Se trata de una vida común: es una vida cualquiera, es una vida estándar. Pese a ello, deseo compartir mis experiencias como estigmatizado y como hombre. Este texto, como todo lo que he escrito, es producto de mis valores y de mis compromisos, pero también es el resultado de mis errores y de mis traiciones.

Confieso que estoy enfadado y que me siento estafado: ni mi vida como hombre, ni mi vida como gay han sido como me prometieron. También me disgusta y me harta la mediocridad emocional que nos envuelve y de la que formo parte. Al fin y al cabo no vivo en Marte, sino aquí, junto a todos. El enfado está presente en mis escritos (también en éste) porque me duele la corrupción de los valores que defiendo: la honestidad social, la sinceridad con uno mismo, y el trabajo y los servicios bien hechos; estos últimos sin que sea relevante la titularidad de las organizaciones y personas que los prestan. Soy un funcionario, estoy al servicio de ciudadanos, a quienes enseño y con quienes aprendo. Por eso estoy en contra de la basura intelectual y a favor de la excelencia emocional.

El siglo XXI ha de ser el siglo de los hombres, y como varón del siglo pasado, algo anacrónico pero también esperanzado, quisiera contar a los que vienen cómo imagino el futuro de los hombres, incluyendo a los gays. Imaginar crea las condiciones de posibilidad social de la existencia. Imaginar permite que el futuro sea. Afortunadamente las utopías nunca se logran, pero sí cumplen con la función de indicar los destinos posibles. Las utopías son los mitos del futuro y, como varón y antiguo gay, deseo construirlo imaginándolo; ése

es mi compromiso, por eso intento desenmascarar lo que creo falsas promesas: eso incluye el mito heroico masculino, y también el mito gay. Procuero fomentar entre mis pares la renuncia a las falsas recompensas, sean éstas los honores y alabanzas ofrecidas a los "hombres de verdad", sea la tolerancia que se brinda a los gays si renuncian a ser como son y se tornan respetables a los ojos de quienes les están sobornando. Algo que, a mi entender, ya ha sucedido en España como consecuencia del llamado matrimonio gay.

Formo parte de la primera generación del SIDA, en 1981 tenía 20 años, así que, en realidad, debería estar muerto. Pero no lo estoy, al menos de momento, así que, mediante estas palabras, deseo agradecer seguir estando de pie sobre la tierra, recordar a otros que murieron, y ofrecer mi experiencia a los que vienen por si en algo les conviene.

Niño y adolescente

Yo fui un niño inocente y bueno. Maravillaba a las amigas de mi madre porque era educado, atento y correcto; es decir, era marica aunque no me nombraran así. Se supone que los niños son más espontáneos y simples. Yo era un manipulador que, además, tenía secretos. Usando el lenguaje eclesiástico de la época, me encantaban los tocamientos y las rozaduras con mis compañeros. Fui un niño inocente, pero perverso; no sé por qué y ya tampoco me importa. Pero me excitaban las películas de romanos, las de marineros y las de la legión. Me atraían sobre todo las piernas peludas de los centuriones, los marineros azotados por amotinarse y las tetas de los legionarios. Era un niño inocente, pero un poco "mirón". También me fijaba en la entrepierna de los hombres preguntándome qué podía haber allí adentro. Tan grande era mi curiosidad que, con 13 años, intenté seducir a un señor de unos 40. Sucedió en un cine de mi ciudad, él estaba en los urinarios cuando entré, me puse a su lado y quise tocar esa maravilla que crecía por momentos. Acosé a ese señor hasta el punto de asustarlo y, si no hubo nada, fue porque él no quiso. Lolita no lo habría hecho mejor, aunque Leonor quizá sí. Ésta conoció a Antonio Machado a los 13 y se casó con él a los 15, así que mi caso de infancia erotizada no es tan raro ni único.

Muchos homosexuales y gays me han contando que, desde niños, sabían muy bien qué querían y que fueron seductores activos tanto de sus pares como de adultos. Pero una cosa es saber lo que te apetece y otra poder escapar del miedo y de la angustia con que te enseñan a vivir esos deseos. La sociedad que me educó era gris y reprimida por católica e hizo de mí un niño aterrado. Ahora que la sociedad persigue sacerdotes que abusaron de niños que cuidaban, me pregunto por qué no castigarlos por introducir el pánico en las mentes infantiles. Aterrar a los niños también es una forma de abuso. En

mi caso jamás me tocaron, pero el temor al infierno prometido a los pecadores del cuerpo se mezclaba con el deseo perfumado de zotal.

Créi en los Reyes Magos, rezaba en las iglesias y fuera de ellas. Me comportaba tal y como lo hacen los niños católicos, pero siéndolo y no pudiendo acceder sexualmente a los adultos, opté por seducir a la gente de mi edad. Pasé parte de mi tiempo infantil y adolescente seduciendo compañeros de colegio y vecinos de juegos. Y tuve un éxito razonable; me las ingenié para construir situaciones sociales eróticas, enseñar revistas pornográficas (traídas por mis padres desde Dinamarca, en los primeros setenta), e intentar masturbaciones conjuntas. Conseguí dormir y tener sexo con quienes me gustaban cuando la clase iba de excursión, y supe meterme en las duchas de las piscinas y jugar desnudo con mis amigos. Lo cierto es que nunca nadie se violentó por ello; casi siempre aceptaron de buen agrado participar en el asunto, aunque luego se mostraban distantes por un tiempo, hasta que volvía apetecerles hacerlo. Cuando eso sucedía, iba a estudiar a sus casas, dormía con ellos (con el beneplácito de sus padres) y pasábamos la noche tocándonos. Todo eso duró (más o menos) desde los siete hasta los 15 o los 16 años; a partir de entonces las cosas se complicaron. Durante mi adolescencia, sólo mediante el alcohol lograba seducir a mis amigos y, entre tanto alcohol, terminé por convertirme en alcohólico (si bien eso lo entendí dos décadas después). Pero esta orgía infantil y adolescente tuvo su lado oscuro; la Iglesia católica y sus sucias palabras tuvieron que ver con ello.

En nuestra sociedad el concepto de culpa sustituye al de responsabilidad y es un eficiente dispositivo de control social. Mis relaciones sexuales adolescentes e infantiles siempre fueron consentidas, pero me sentía culpable; algo no funcionaba y yo carecía de instrumentos para averiguar por qué. Era un niño y sólo sabía sentir, y sentí miedo, pánico, terror: gozaba pero pecaba; así que interioricé emocionalmente que el placer es ilícito y que merece castigo. Las contradicciones sobre la masturbación catalizaron el conflicto. Hasta los 13 años fui creyente y practicante (esto último sin demasiados entusiasmos); después, ya en el instituto, aprendí de mis profesores a criticar el nacional catolicismo español. Los curas catalanes se las dan de progresistas, pero a mí me hicieron daño; yo no fui educado en Sevilla ni en Galicia; a mí me hicieron temer a su dios terrible en Cataluña. Así que los desprecio y los maldigo por castrarme, porque he necesitado años para dejar de odiarme a mí mismo y permitirme gozar sin culpas.

Tanto hablar del Islam permite obviar el profundo dolor que el catolicismo le ha causado a la infancia; deberían promulgarse leyes para proteger a los niños de esa religión tenebrosa. De la mezcla católica entre placer, culpa

y castigo, he concluido que lo mejor del catolicismo es su iconografía BDSM. El resto me parece prescindible.

En el instituto descubrí que los juegos eróticos habían terminado; mis secretos infantiles ya no podían convertirse en dones para otros, porque éstos se negaban a aceptarlos. No entendía nada. ¿Qué había cambiado? ¿Por qué los mismos muchachos que hace un par de años aceptaban encantados mis caricias, fingían ahora no acordarse de nada? La época del instituto fue dura; las antiguas estrategias de seducción ya no daban resultado y, además, tenía que competir con las mujeres por el favor de mis colegas; todo me resultaba extraño y raro. A mí me gustaban mis compañeros de clase, y cuanto más masculinos mejor, pero tras entender que el catolicismo es peor que el opio del pueblo, tras dejar de asociar sexo con pecado, justo cuando me sentía más libre, menos acceso tenía a los muchachos de mi edad.

Nunca me sentí distinto de los otros; tenía otros gustos, eso sí, pero creí ser igual que todos. Sin embargo, a ellos ya no les gustaba lo mismo que a mí y no entendí el porqué de ese cambio. Sólo me quedaba aceptarlo y buscar a otros a quienes brindar mis afectos y caricias. Pero nunca busqué homosexuales o gays; yo quería encontrar muchachos como yo con quienes compartir mi cuerpo; el resto era accesorio. Quería encontrar varones con gustos semejantes a los míos. ¿Pero dónde?, y ¿quiénes eran? Estaba bloqueado y decidí huir hacia delante.

Joven adulto

En mi primer año universitario decidí hacer lo que hoy en día se llama "salir del armario". Primero se lo conté a mi madre; no medí bien el alcance de mis palabras porque ignoraba hasta qué punto las familias se transforman cuando descubren que uno de sus miembros es, en realidad, un "monstruo". Afortunadamente los primeros ayuntamientos de la democracia española subvencionaban centros de planificación familiar regidos por feministas progresistas comprometidas con su tiempo, así que llevé a mis padres a la psicóloga gratuita de uno de esos centros. La primera visita la hice solo, quería que me confirmaran mi normalidad, algo que en el fondo ya sabía, pero que precisaba bendición exterior. Me atendió una mujer de clase alta que trabajaba en un banco y que dedicaba parte de su tiempo a la militancia social (como psicóloga del centro); no sé dónde está, pero agradezco su trabajo, su dedicación y su esfuerzo. Ella quiso hablar a solas con mis padres, y allí los llevé. En esa visita mis padres salieron informados de que yo no era un monstruo ni un enfermo, pero, desde luego, sus expectativas respecto a mí se vieron truncadas: el nene (soy el hermano pequeño de tres) era raro.

El caso es que no se me notaba nada y, para mis padres, fue doloroso imaginar sus errores y plantearse en qué se habían equivocado al educarme. Que se note o que no se note es una cuestión estúpida y homófona, pero para lubricar los procesos interpretativos de los padres siempre viene bien un poco de afeminamiento, eso les permite organizar el hilo argumental de la desgracia familiar. En esa narración, que el hijo sea un poco marica, permite a los padres desculpabilizarse pensando que siempre fue así: "es que él no puede evitarlo [...] ¿recuerdas aquella vez que se puso carmín?" Los padres y las madres son así de simples (al menos al principio); en mi caso no se me notaba, y para ellos eso significaba que no era de nacimiento; entonces, ¿qué habían hecho mal?, ¿en qué se habían equivocado?, ¡pero si me habían criado igual que a los demás!

Contra lo que suele decirse, las mujeres no siempre aceptan mejor que los hombres la homosexualidad de sus hijos; fue mi padre quien llevó la iniciativa en ese asunto. Era un hombre decente y práctico, así que, tras poner firmes a mi madre (o al menos intentarlo), sus consejos fueron los siguientes: "ten cuidado" y "ahora tienes 20 años y te vas a la mili: sé prudente".¹ Confesé mis gustos en familia a los 20 años de edad. Enfrentada, pero no resuelta, la cuestión familiar era el momento de socializarme y conocer a otros con mis gustos. ¿Pero quiénes eran y dónde estaban? La psicóloga feminista del centro de planificación familiar me envió a una colla de sardanes² en la que bailaban jóvenes adultos, la mayoría de ellos homosexuales visibles y fuera del armario. En ese contexto, por primera vez, tuve contacto con un gay.

El primer gay que conocí era amigo de la infancia de mi hermano, era psicólogo y miembro fundador de la colla de sardanas. Era un hombre entrañable, delegado informal del Frente de Liberación Gay de Cataluña en la ciudad, que terminó por dejar el movimiento gay para dedicarse a la solidaridad internacional, y a quien la ciudad (después de muerto) dedicó una plaza en su memoria. Nos citamos en un bar y, en un par de horas, cambió mi perspectiva del mundo: ya no tendría que emborrachar a mis amigos para seducirlos, ahora estaría con gente que asumía y gozaba sin culpas lo que hacía. La promesa del paraíso gay me llegó a los 20 años y no entendí que era mentira hasta que cumplí los 35; en mi opinión un poco tarde, pero eso es mejor que nunca. Parte de mi enfado con el mundo gay actual tiene que ver con eso: la

¹ La "mili" es el término coloquial que se usaba para nombrar al servicio militar obligatorio para todos los españoles varones. Hoy en día el ejército español es profesional y la "mili" ya no existe.

² Agrupación folclórica de danzas populares catalanas.

promesa gay es mentira y muchos lo sabemos, pero nuestras experiencias no llegan fácilmente a los jóvenes. Nadie les cuenta que el mito gay es biográficamente insostenible.

Conocí a mi grupo de iguales, pero eran muy maricas, demasiado para mi gusto. Encontrarlos en la calle y tener que saludarlos fuera del espacio donde ensayaban sardanas me producía angustia y tensión. Y es que además de ser afeminados se besaban las mejillas a modo de saludo en espacios públicos y visibles. Yo había salido del armario con mis padres, pero no con el resto del mundo: hermanos, tíos, vecinos y amigos. En realidad nunca se termina de salir del armario (yo prefiero decir salir de los retretes donde estaba ligando). La gente es tan estúpida y tiene tan poca imaginación, que siempre supone que me gustan las mujeres, y el caso es que me gustan, pero no para el sexo. Entre los 20 y 28 maldecía que me vieran en público con esos maricas que me llamaban nena y que iban perdiendo plumas por las calles. A mí no se me notaba, yo me comportaba normal y no sobreactuaba. Me parecían una locas histéricas y terminé por creerme mejor. Éstos son algunos de los efectos que la homofobia me produjo; tenía tan interiorizados los estereotipos sobre la masculinidad que despreciaba a quienes amaban como yo. Pero en realidad, a través de ellos, me despreciaba a mí mismo; me costó mucho tiempo aprender a respetarlos, más o menos el mismo tiempo que tardé en respetarme a mí mismo.

Dejé de ser marica, maricón u homosexual y me hice gay. Mi transición biográfica coincidió con la democrática. Entre los 20 y los 30 años conocí los estertores del modelo franquista de homosexualidad y el inicio del proceso de institucionalización del mundo gay. Pero quise estudiar, y tuve que trabajar para hacerlo: camarero, repartidor de refrescos, vendedor de juguetes, vendimiador ocasional, etcétera. Disfruté poco del entonces incipiente modelo gay. Tenía pocos recursos y vivía en una ciudad pequeña, así que —al margen de escapadas a las saunas y a los bares gays de Barcelona— solía acostarme con extranjeros en Salou (una ciudad turística cercana a mi ciudad natal). Seducir turistas era una alternativa eficiente: barata, no implicaba compromisos y nadie llamaba a casa de mis padres preguntando por mí. Como dije, la cuestión familiar había sido abordada, pero no resuelta. Seguía viviendo con mi familia y me pedían cierta etiqueta vestida de discreción: el silencio es una de las estrategias que desarrollan las familias ante las confesiones desagradables de sus miembros.

En una década (entre los veinte y los treinta) hice la mili, me gradué, me doctoré, y encontré empleo como profesor en la Universidad. Durante un año suspendí mis estudios universitarios y me fui al servicio militar, pero nada relevante aconteció en mi etapa castrense. Fui cabo primero y me aburrí lo inde-

cible; todo muy distinto de la orgía que pregona la pornografía gay sobre cuarteles. No había sargentos cachondos, ni sexo colectivo en las duchas, ni siquiera masturbaciones conjuntas en los dormitorios. Quizás a otros las cosas les fueron de otro modo, pero en mi caso, con la salvedad de un novato al que adopté y protegí durante un tiempo, mis conquistas cuarteleras fueron escasas. Y lo cierto es que nunca escondí nada; todavía me sorprende (y hiere mi vanidad) que mi sexualidad fuese ignorada por el resto de la tropa. Yo esperaba mucho más del servicio militar, pero me pasó como a don Juan: llegué, vi, cacareé, y luego fuíme y no hubo nada.

Al regresar de la mili terminé mis estudios de grado, inicié el doctorado, y a los 29 años ya era doctor. Mi tesis se titula "El entendido. Condiciones de aparición, desarrollo y disolución de la subcultura gay en España" (Guasch, 1991a). Es una suerte de autobiografía etnográfica (inconfesa pero evidente) que analiza la historia homogay en España desde el tardo franquismo hasta los años ochenta, pasando por la transición. Mi tesis es producto de mi experiencia. Yo pasaba por allí (por los saunas, bares y discotecas gays) y decidí contar lo que veía, pero en mi tesis evité hablar de mí mismo, pues en la academia antropológica de la España de 1991 era difícil explicar a un tribunal de doctorado que, en realidad, yo era uno más de los protagonistas de las interacciones que estaba estudiando. Yo estaba cerca, al lado, junto y con los sujetos de mi investigación, yo era uno de ellos. Incluso las tipologías homogays que presento en mi tesis (loca, blando, carroza, reprimido, macho) nacen de charlas amistosas con mis pares: yo era un blando con posibilidades de machito, así me describió Agustín, un amigo carnicero que murió de SIDA y desamor. Él correspondía al tipo macho, y así se lo dije: machito. Yo fui un machito; me vale ese término, es un concepto que he explicado en otra parte (Guasch, 1991b). Fui machito, chulito; en definitiva: boba.

En mi tesis no inventé nada; tan sólo reproduje y envolví con teoría social lo que otros me enseñaron. Ahora sé que la experiencia es una forma legítima de producir conocimiento científico, pero en aquel tiempo no tenía ni idea de eso e hice lo que hice de forma intuitiva; desde entonces la intuición es una amiga que me da buenos consejos. También he atendido la propuesta de Herbert Blummer y utilizo la introspección simpática para estudiar la vida social. Según ese teórico de la sociología de los años treinta del siglo pasado, es preciso que quien investiga se meta en la piel de las personas para comprender su situación social (en mi caso, era imposible superar tal simpatía); tuve suerte y el tribunal que juzgó mi tesis se fijó más en cómo usé la teoría que en el modo en que conseguí los datos empíricos. En aquella época, aún no estaba de moda reconocer la subjetividad del autor en los textos sociológicos, así que mi disimulo (que tuvo sentido estratégico) contribuyó a que me

hicieran doctor. Pero ante la endémica falta de recursos de la Universidad catalana, tuve que trabajar como profesor de secundaria haciendo suplencias e interinatos. Fue una bendición. Por primera vez ganaba un sueldo digno que me permitía planificar, alcancé la libertad económica y la independencia que ésta conlleva; me fui a vivir solo, dejando la casa familiar. Era joven y guapo y tenía dinero: de ahí a la locura había sólo un paso. Y lo di.

En Cataluña, la institucionalización del mundo gay se consuma con las Olimpiadas de 1992. Yo tenía 30 años y ganas de resarcirme de la vida de estudiante: mucho tiempo de estudio y poco dinero para diversión. Y la promiscuidad y las drogas me ayudaron a hacerlo. No me arrepiento. Soy como soy porque visité esos dominios: carne, sudor, semen, sexo, drogas y música disco; estaba donde quería estar y con quien me apetecía. Amé, me amaron: el mundo era una fiesta. Recuerdo con nostalgia las discotecas de Sitges³ y todo lo que en ellas sucedía: sexo, sexo, sexo, libertad, tóxicos y locura. Fueron muchos los que se quedaron en el camino, y deseo recordarlos con ternura. Jamás cometieron ningún pecado. Amaron y fueron amados hasta que la epidemia del SIDA acabó con sus vidas. Yo me salvé por los pelos y tengo suerte de estar vivo; por eso mi compromiso y mi elección es recordarlos, rendirles homenaje, e insistir en que no fueron culpables. Hoy en día, la deriva conservadora de los gays españoles y el afán de respetabilidad que persiguen, hace que se tienda a olvidar a esos muertos porque fueron promiscuos. Pero yo no voy a hacerlo. Son mis muertos, nuestros muertos, y les debemos respeto y recuerdo.

La cupletista María Jiménez canta muy bien qué sucede en los bares de copas compartiendo risas con gente indecente y sin alma que pierde la calma por la cocaína. Y allí estaba yo con mi novio; él tenía 25 y yo 30; cinco años nos separaban y cinco años estuvimos juntos. Residíamos a 160 kilómetros de distancia el uno del otro, pero pasábamos juntos los fines de semana y las fiestas de guardar; fuimos la pareja gay de muchos veranos (tanto en Sitges como en Barcelona). Guapos, jóvenes y con dinero (no mucho, pero suficiente). Recuerdo con nostalgia agridulce aquel teatro gay que protagonicé con entusiasmo: con el torso desnudo, bailando con mi novio junto a un tercero a quien besábamos mientras las luces y los focos se centraban en nosotros. Fuimos una pareja abierta, simpática, atractiva y aparentemente feliz. En realidad estábamos borrachos de vanidad y de productos tóxicos (tanto legales como ilegales). Después la vida nos pasó factura por eso.

³ Pequeña ciudad costera del Mediterráneo español que tiene gran reputación en el mundo gay en tanto que abierta, tolerante y cosmopolita.

Mi impresión es que el catolicismo oficial se ha apropiado de la noción de dar testimonio; por eso es una expresión que no aprecio, pero no sé como escribirlo de otro modo; alguien tiene que dar testimonio. Alguien tiene que contar el precio emocional (y también espiritual) que se paga por la adicción a lo frívolo y a lo superficial. Además, en mi caso la adoración de lo banal venía camuflada de trascendencia transgresora; no podía ser de otro modo en un intelectual que decía ser de izquierda; sin embargo, mi estupidez no fue mayor de la que asumen los gays contemporáneos que deciden seguir siéndolo. Pero hay demasiado silencio al respecto. En España, como en tantas otras realidades sociales, el mundo gay se ha macdonalizado: no hay conciencia política ni reflexión. Es el triunfo de la inmediatez, del corto plazo, del placer instantáneo y de la vanidad. Yo ya he estado ahí, he visitado esos lugares y puedo asegurar que no es el edén que prometieron, pero al menos en mi tiempo hubo quienes clamaron contra ello. Ahora son muy pocos quienes protestan, no saben hacerlo y sus palabras apenas tienen relevancia social o mediática. El universo gay no es una fiesta; de hecho, su configuración contemporánea conduce a la corrupción del alma, pero nos hemos traicionado tanto que somos incapaces de verlo.

El sexo en grupo es maravilloso, divertido y estupendo. Tener pareja abierta y compartir con ella el deseo es una forma de amor tan legítima como las otras. También la promiscuidad sexual (hoy en día denostada) es tan sólo una elección personal y democrática. Nada tengo contra el sexo, es una actividad placentera y alegre que debiera acontecer sin restricciones entre personas sensatas que consienten libremente; nótese que no se ha escrito adultos, sino personas. Quienes no reproducen ni producen (como por ejemplo, los viejos) no tienen menos derecho al sexo. También el uso de tóxicos euforizantes es una elección personal de la cual cada uno debe asumir sus consecuencias. Mis primeras intoxicaciones con el alcohol llegaron bastante pronto: a los 15 más o menos. Tenía que desinhibirme tanto para seducir a mis amigos como para seducir desconocidos. Eran estrategias adolescentes. Mi contacto con las drogas que la gente cree blandas se produjo cerca de los 18, y mi encuentro con la cocaína diez años después. Hoy en día, en España, las cosas empiezan mucho antes y las consecuencias serán mucho peores.

Todavía no entiendo cómo fui capaz de conseguir algo de lucidez en aquella etapa de mi vida, pero el caso es que tuve éxito en donde otros fracasaron. Tuve éxito y también una segunda oportunidad; ésta me llegó en forma de depresión: estaba fatal, rechacé participar en investigaciones internacionales y publicar artículos en revistas de prestigio, mientras seguía (ya separado de mi novio) embriagándome con sexo, con tóxicos y, sobre todo, con vanidad. Era un profesor joven, simpático y atractivo; las estudiantes coque-

teaban conmigo pese a saber que era gay. Ahora estaba solo, sin pareja, pero seguía siendo el centro del mundo; además escribía e investigaba sobre sexualidad: un tema original, apasionante y, encima, novedoso. Yo inventé y desarrollé la Sociología de la Sexualidad en España; estaba en la cima, pero me sentía fatal, triste, sin motivación, y me intoxicaba para tener sexo, así que acudí a una especialista preguntando si quizá, sólo quizá, tenía algún problema con las drogas, y ella me contestó que tenía un problema con el alcohol. Ninguna distinción, no había glamour gay en ello; yo, co-príncipe del mundo gay, señor (y señora) de la Sociología de la Sexualidad en España, era idéntico a esas personas sin hogar que beben vino por las calles en envases de cartón. La luz que produce el dolor me llegó como una bendición y entendí que la vorágine de lo banal no conoce fronteras de género ni de opción sexual, así que decidí apearme del mundo y estuve cinco años sin probar tóxicos, ni euforizantes ni alcohol.

Adulto, gay, hombre

Desintoxicarme me costó menos que entender que la Universidad es un nido de serpientes. En ella hay buena gente, pero también están los que se creen en el Versalles del siglo XVIII. También hay pésimos imitadores de las estrategias de Maquiavelo; son muchos los que han hecho de la conspiración su estilo de vida. Me harté de tanta tontería barata tejida por gente emocionalmente mediocre y socialmente deshonesto; también me cansaron mis colegas que se creen mejor que los demás. En la Universidad española hay una plaga de ambiciones personales (pero no intelectuales) y demasiados narcisismos que, en realidad, esconden miedos y complejos de inferioridad. La vanidad es un pozo sin fondo, siempre pide más; lo veo a diario en los colegas enloquecidos por lograr el título de aristócratas de universidad (el título de catedráticos). Para obtenerlo arriesgan su salud social y emocional y, con demasiada frecuencia, también sacrifican su dignidad, pretenden lograrlo de prisa, a veces a cualquier precio, pero resultan ridículos y molestos. Lo primero produce vergüenza ajena; lo segundo, ganas de abrirles la cabeza con un bate de béisbol; afortunadamente para ellos milito contra la violencia.

Mi biografía es la historia de un hombre que ha querido serlo y que al final renuncia a tal empeño. Ya no quiero ser un hombre: me aburre y me molesta. Demasiado esfuerzo para nada; pero dejar de ser hombre y transformarse en persona es un ejercicio complejo de reeducación; implica dejar de competir, supone amar, valorar y compartir lo que se tiene. Tratar de desconectarse del sistema de género implica renunciarse que, en realidad, esconden un premio. Dejar de ser hombre relaja, porque ya no hay que probar nada, y es posible ser sumiso, pasivo e, incluso, cobarde (tener miedo es un derecho). Dejar de

ser hombre tiene muchas ventajas y pocos inconvenientes; renunciar a las formas normativas de ser hombre libera de obligaciones absurdas que han sido asumidas sin cuestionarlas, pero para embarcarse en el tránsito de hombre a persona hace falta espíritu crítico, y mucho sentido común y del humor.

En Mónica Witting (2006) se aprende que las lesbianas, en realidad, no son mujeres, y su lógica consecuencia sería que los varones gays tampoco son hombres. Es difícil asumir esa sentencia sin tener en cuenta los distintos contextos y épocas. Pero, a mi entender, ser gay no es más que una manera de ser hombre; se trata de una estrategia política e identitaria que, en su origen, tuvo sentido instrumental y transitorio. Ahora ya no es así, al menos en España la identidad gay ha sido devorada por el mercado y se ha convertido en un fin en sí mismo. Por eso, además de dejar de ser hombre, también he decidido dejar de ser gay.

En su momento, ser gay no estuvo tan mal; fue una categoría abierta, flexible, e indeterminada. Decidí dejar de ser gay cuando se produjo su institucionalización política, social y mediática; y me reafirmé en ello después de comprobar la deriva gay en tanto que identidad basura, imagen de marca y producto de consumo. Ya no soy gay, ni homosexual tampoco; soy tan sólo un hombre que, como tantos otros, padece violencia de género. En mi caso, el estigma y la discriminación se producen porque incumplo las normas sociales que proscriben a los hombres desearse y amarse entre sí, y es que las personas tenemos derecho a autodeterminarnos más allá de las etiquetas que socialmente nos corresponden.

Sin embargo, la identidad gay aún es imprescindible; las personas que padecen injurias por ser como son, precisan espacios simbólicos donde refugiarse. La identidad gay cumple con esa función: permite construir islas de sentido común para los naufragos del género. Mientras exista cierto umbral de homofobia, la identidad gay será tan inevitable como necesaria. En España, incluso en su forma banal actual, la identidad gay sigue siendo una forma de resistencia al sexismo, pero también es necesario imaginar que es posible ir más allá.

Siguiendo a Sousa Santos (2003) explico a mis alumnos qué tienen en común la sociología, el marxismo, el feminismo y el movimiento gay. Las cuatro son formas de pensar el mundo que nacen para transformarlo y acaban por anquilosarlo. La sociología se transforma en orden y progreso, el marxismo en socialismo real, el feminismo en feminismo de Estado, y el movimiento gay se encastilla en el gueto. Esas formas de pensar el mundo cumplieron su papel histórico lo mejor que pudieron; hay que conservar sus enseñanzas, pero también hay que ir más allá. Muchas formas de conocimiento nacen para emancipar y, con el tiempo, terminan por limitar la vida cotidiana de las

personas, tal es el caso del movimiento gay. En España, el movimiento gay ha fracasado en su lucha contra la homofobia porque ha sido incapaz de incorporar al conjunto de varones a la misma. La homofobia, como el racismo, interpela a toda la sociedad y afecta a todos los varones al margen de su sexualidad; pero el estilo gay hegemónico es un obstáculo que bloquea el diseño de un programa político (consensuado con el conjunto de varones) para transformar la masculinidad actual.

En los países europeos sin homofobia legal, la identidad gay ha sido devorada por el mercado, pero ha sido un instrumento útil que ha permitido alcanzar sociedades más justas; Reino Unido y España son ejemplos de ello. Por otro lado, en otras partes, la identidad gay sigue siendo una estrategia imprescindible y un refugio necesario. México, Irán, Estados Unidos, Polonia, son ejemplos al respecto; pero en las sociedades democráticas sin homofobia legal, la identidad gay ya ha cumplido parte de su función. No obstante, como tantas otras cosas en las sociedades globales, la identidad gay ya no depende de la política sino del mercado. Hay tantos intereses creados en torno a lo gay, que a muy pocos les conviene plantear otras opciones, pero existen.

Imaginando el futuro

La antropóloga Dolores Juliano (2002) explica que la categoría puta marca las fronteras de género para las mujeres. Según Juliano, el estigma de la puta amenaza a todas las mujeres que van más allá de los límites de género que el patriarcado ha previsto para ellas aunque no ejerzan el trabajo sexual. De igual modo, la homofobia afecta a todos los hombres sean cuales sean sus prácticas sexuales; la homofobia define las fronteras de lo posible, permitido o tolerado en los varones. Sin embargo, el movimiento gay se ha apropiado de la homofobia como si los gays fueran sus únicas víctimas, y en ausencia de un amplio movimiento de hombres internacional e interclasista (análogo al movimiento feminista), la denuncia de la masculinidad hegemónica basada en la homofobia sigue huérfana de líderes y de organizaciones que puedan plantearla.

No represento a nadie ni nadie me representa. No me representan quienes en España lideran el movimiento gay hegemónico, ni quienes definen la agenda política gay y sus prioridades. La única legitimidad que me asiste (y que me basta) es mi experiencia, se trata de una experiencia personal inserta en una biografía colectiva. No represento a nadie, salvo a mí mismo; pero si existo, es posible que existan otros como yo, que sientan y piensen cosas semejantes sobre la traición implícita presente en las identidades gays socialmente respetables. Hay muchas definiciones de identidad; una de ellas afirma que ésta se basa en la memoria compartida; según esto, los grupos sociales, hege-

mónicos o subalternos, se reconocen a sí mismos mediante relatos que se escriben poco a poco en el tiempo. La memoria es inventada, y también se reescribe y se negocia; por eso creo conveniente que los varones que entienden (sean o no homosexuales o gays) construyan memorias de homofobia con el resto de los hombres. Es hora de recuperar como objetivo la desaparición de la categoría gay como sujeto y agente político y reinstaurar la lucha contra la homofobia (que afecta a todos los hombres sin distinción) como eje central de las políticas de género para los varones. Una cosa es que las organizaciones gays lideren el proyecto, otra cosa es que tengan interés político en hacerlo.

Bibliografía

- Guasch, Óscar (1991a), "El entendido. Condiciones de aparición, desarrollo y disolución de la subcultura gay en España", tesis de Doctorado, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- (1991b), *La sociedad rosa*, Barcelona, Anagrama.
- Juliano, Dolores (2002), *La prostitución: el espejo oscuro*, Barcelona, Icaria.
- Sousa Santos, Buenaventura (2003), *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia*, Bilbao, Desclée de Brouwer.
- Witting, Mónica (2006), *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Madrid, Egales.